

HECHOS Y COMENTARIOS

Por José María Chacón
y Calvo
En la muerte
de un amigo:
Mariano Brull

ESPERABA la noticia un día y otro casi desde la última vez que pude conversar con él, cuando traté de convencerle de que podría asistir a una proyectada lectura de sus versos por Carmina Benguría. Muy pocos días antes, en un recital de la admirable artista en el Lyceum, la poesía de Mariano Brull había llegado de modo profundo a un auditorio que hacía pensar en esa inmensa minoría que vemos en muchas de las dedicatorias de Juan Ramón Jiménez y comencé a organizar aquella sesión, que iba a tener un sentido de homenaje: recordaba que en este año de 1956 se cumplen cuarenta años de la publicación de *La casa del silencio*. Alfonso Reyes supo del proyecto y me envió su adhesión. Era un soneto a Mariano Brull. Creo que le interesará al lector conocerlo: Mariano, así nació la poesía:—humo de sangre que la vida exhala—y luego se depura todavía— y asume voz al remontar el ala. —Sus raudos hijos la palabra cria—risas y llantos en el trino iguala, —siendo victoria, vive de agonía—y se agota de austera siendo gala.—Dureza blanda, eternidad ansiosa,—tesoro esquivo pero nunca vano—, fugitivo cristal, perenne rosa. —Tú lo sabes de sobra; tú, Mariano, —que suele suspender la mariposa—con el encantamiento de su mano. Está fechado el soneto en México, de febrero de 1956. Cuando lo recibí, había desistido de esa sesión que me parecía ya como una velada necrológica anticipada. No supe nunca si el amigo fraternal—fue la nuestra una amistad de cuarenta y cinco años—llegó a leer el tributo íntimo del mexicano universal.

El 16 de abril le dije adiós. No olvidaré nunca su mirada que me decía tantas cosas. Había realizado el sueño de su vida: tenía la morada ideal del poeta. Era aquella "la casa del silencio". La rodeaban muy bellos jardines. Había ido traer buena parte de su biblioteca. El contacto con una gran injusticia había probado la calidad de su espíritu. Un gran recuerdo le acompañaba siempre.

Un excelente retrato de Adela Baralt—la porcelana viva, como le cantó de niña José Martí—, presidía la sala, contigua a la selectísima biblioteca. Estaban junto a él dos de sus hijas: Cristina la señora de Diago, y la más joven Ana María. Llegaría poco después Silvia, la señora de Zimmermann, con su esposo el diplomático norteamericano, con sus tres pequeños hijos, uno nacido en Siam, otro en Bélgica y finalmente otro en el Perú. El poeta y diplomático sentiría junto a esta diversidad geográfica, un sentido de superior unidad: la de la cultura. Y una criatura angélica, Blanca Baralt y Zachario a mis preguntas un poco angustiadas respondía siempre de un modo que me hacía sentir a mi amigo, en el proceso de la dolencia larguísima, cada vez más purificado, más cerca de las cosas eternas. Y el cariño que veía en torno del poeta ("cómo recuerdo la solicitud verdaderamente filial de Enrique Diago, su yerno y compañero en la diplomacia") me hacía pensar que en "la casa del silencio", que ya era suya tenía Mariano Brull su ideal morada.

Hace unos días, quizá en lo más inmediato a su muerte, encontré con su primer libro, *La casa del silencio*, una carta del amigo entrañable escrita hace más de treinta años. Señalaba la poesía que da nombre a esta obra de su iniciación. Había pasado por Madrid unos días antes y apenas había podido atenderle porque tuve entonces una grave enfermedad. Le hice un programa de viaje por Andalucía, y desde Bruselas me contó sus impresiones: "De todos modos, la España que yo ví a retazos, de prisa, me ha dejado una impresión profunda, ha despertado inefables emociones de mi niñez lejana, tan rica en aventuras infantiles vueltas a vivir—ya en Sevilla, ya en Granada— en un olor o en un canto callejero. El día que llegué a Sevilla llegó hasta mi habitación una voz de niño que cantaba "estaba la pájara pinta...", que yo había cantado tantas veces y casi tuve ganas de llorar. Nunca sentí de manera tan punzante que el hombre ha perdido un paraíso que alguna vez poseyó. Tengo que agradecerle especialmente que tus palabras me llevasen a Granada: no hay ciudad que produzca una emoción tan turbadora, tan fuerte en su angustia y dulzura, remota y cerca, toda ella carne viva de alma".

Leí la carta, volví a leerla después de tantos años, y abrí *La casa del silencio*. El libro, su primer libro nos lo había leído Mariano Brull en una tarde en la casa de un amigo: Francisco José Castellanos. Era el primero que partiría de nuestro grupo, para ser ya el "amigo de la clara y eterna noche". Ya estaba lejos Mariano Brull. También lo estaba quien escribe estas líneas. Años después



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

2

he visto una carta conmovedora, trémula de emoción, de Luis A. Baralt en la que cuenta a Mariano lo que fue para él la muerte repentina del finísimo autor de Ensayos y Diálogos. La elegía que le dedicó Mariano tenía aún la tonalidad de sus primeros versos, en los que encontraba Pedro Henríquez Ureña como dice en el prólogo de ese libro de iniciación "un espíritu intensamente poético", junto a las emociones virginales y a una rara transparencia. El poeta Enrique González Martínez le envió una Meditación bajo la luna, que abre el libro, y Salomón de la Selva unos versos en lengua inglesa, con ese ímpetu lírico que revelaba "la virtud espiritual de nuestra América, la de habla española".

Sé bien que el Mariano Brull más importante en la poesía es el posterior a La casa del silencio.

Para el amigo que ha sentido una penetrante tristeza al saber su muerte esperada, que ha tenido mucho de liberación, ese libro con el que Mariano Brull inicia su obra literaria le acerca con un acento perdurable a una de las más puras y limpidas conciencias de la poesía en Cuba. Cuando pueda recordar sin el agobio de la pena profunda que la desaparición del amigo deja en mi ánimo, aquellos días en los que asistimos a la elaboración de La casa del silencio, hemos de ver lo que representó en aquel momento de nuestras letras la obra inicial de Mariano Brull. Hoy sólo quiero dejar en estas líneas el testimonio de mi devoción profunda a la memoria del amigo, que con ejemplar resignación cristiana ha recibido a la muerte.

M. Julio 3/56



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA